

LA NACION EGIPCIA Y LA OBRA DE ANUAR EL SADAT

Cuando Anuar el Sadat, después de septiembre de 1970, sucedió a Gamal Abdel Nasser en la jefatura del Estado y la nación de Egipto, los objetivos de la revolución iniciada en julio de 1952 no habían podido completar la trayectoria de una completa evolución. Los principios iniciales de la citada revolución de julio habían sido esencialmente y casi exclusivamente egipcios. Ante todo se logró conseguir los dos objetivos mayores de prestigio político y elevación económica, que eran la evacuación de las tropas británicas y la reforma agraria en gran escala mediante un aumento y una mejor distribución de la pequeña propiedad rural y familiar. Después venían otros objetivos complementarios, como el de la mayor vinculación posible con el Sudán; el de la recuperación del libre uso de la propiedad egipcia sobre el canal de Suez; el del máximo aprovechamiento posible de las aguas del Nilo; el del impulso de la industrialización, etc. Había también otras urgencias sociales y culturales. Abdel Nasser, durante su período rector, enfocó y orientó satisfactoriamente la mayor parte de los referidos conjuntos de realizaciones básicas; pero también se encontró con un conjunto de frenos y de obstáculos, originados por la posición geográfica avanzada de Egipto y su papel de «país mayor» dentro del conjunto de todos los países de orígenes o de formaciones árabes.

Los primeros impulsos de los «oficiales libres», que fueron los autores de la revolución de julio, habían sido consecuencias de las reacciones de disgusto y protesta producidas por el desastroso resultado de la breve e imprevista guerra contra el naciente Israel en 1948. Como se atribuyó la culpa al régimen que encabezaba el rey Faruq, la consecuencia inmediata fue la caída de Faruq. Pero la mayor parte de los aspectos negativos producidos por las sorpresas de 1948 y 1959 siguieron vigentes. El más complicado fue el hecho de que Egipto hubiese ligado su destino político exterior al del conjunto geográfico de los países del llamado «Creciente Fértil», del cual forma parte el antiguo territorio natural de Palestina. Así los planes

de recuperación y desarrollo, que venían siendo primordiales para la nación egipcia (incluso desde antes de su independencia, obtenida en 1922), se vieron desviados y retrasados por el papel (en parte rector y en parte orientador) que, bajo la dirección de Gamal Abdel Nasser tendió Egipto a desempeñar respecto al conjunto del arabismo internacional.

Cuando Anuar el Sadat ocupó la presidencia de la República, trató de enfocar la casi contradicción o, al menos, confusión entre lo amplio de las necesidades que exige el desarrollo interno del pueblo egipcio, y por otra parte, las exigencias de los compromisos formales y los lazos espirituales con todos los países miembros de la Liga Árabe. La única solución parcial de la confusión parecía consistir en que de algún modo se comenzase a poner fin al absurdo estado de «ni guerra ni paz», que duraba desde junio de 1967. Un camino positivo podía ser el de las soluciones parciales, que comenzaban porque las grandes potencias y la ONU hiciesen posible la reapertura del canal de Suez; Sadat manifestó que en todo caso Egipto daría las mayores facilidades posibles. Sabido es que Sadat reiteró la oferta durante 1971 y 1972 y que lo comunicó verbalmente a varios representantes norteamericanos, pero que la obstinación de los gobernantes israelíes en no ceder nada era el obstáculo principal.

Un episodio marginal que entre tanto produjo infinitos comentarios en la prensa mundial fue en julio de 1972 el de la gestión que hizo el jefe del Estado egipcio para que la Unión Soviética retirase los consejeros militares que tenía en el país del Nilo. Aquella gestión fue interpretada desde algunos puntos de Europa occidental como una especie de medidas complementarias a lo persistente de las gestiones que Egipto realizaba con Washington para que los Estados Unidos presionasen sobre los gobernantes de Tel-Aviv. Otros comentaristas decían que la retirada soviética de los sectores egipcios representaba un paso atrás en las influencias del Kremlin respecto al Próximo Oriente. Pero en marzo del corriente 1974 Sadat dio una explicación completa sobre los motivos que le impulsaron para invitar a partir a los técnicos soviéticos. Fue en una entrevista concedida a la revista *Newsweek*.

Sadat dijo textualmente a *Newsweek* lo siguiente: «En julio de 1972 todo el mundo se imaginaba que yo había renunciado a la guerra como medio para arreglar la situación; todo el mundo pensaba que yo no estaba en condiciones de poder hacer la guerra sin los consejeros soviéticos. De hecho, después de que los militares soviéticos se hubieron marchado de

Egipto, nadie podía pretender que lo que nosotros hacíamos emanaba de una inspiración soviética. Si los árabes debían obtener una victoria, debía ser una pura victoria árabe. En cambio, toda victoria calificada de no árabe no hubiese servido para asegurar nuestro objetivo estratégico.»

Refiriéndose a la realización de la guerra de octubre, Sadat especificó que de ningún modo pensó en la destrucción del Israel que existió antes de 1967, como lo probó el que él no quiso utilizar algunos cohetes de largo alcance que hubiesen podido llegar a las ciudades israelíes. Pero tuvo en cuenta que la guerra es una cosa grave, de la cual no se puede salir tan fácilmente como se entra. El objetivo egipcio fue dar a los israelíes una lección para destruir las teorías que formulaban sobre incapacidad de sus adversarios. «Así, lo que ahora importa es lograr una paz basada sobre la justicia», previa la retirada de Israel a sus límites de 1967, según la Resolución 242 del Consejo de Seguridad.

Posteriormente a la entrevista concedida por Sadat a *Newsweek* destacaron otras dos a la revista *Time* y a las emisiones británicas de la BBC. Todas ellas fueron muy subrayadas, en vista del interés especial que desde El Cairo se concede ahora a las opiniones de los sectores anglosajones.

Al hablar para *Time*, el jefe del Estado egipcio insistió en lamentar que se hubiese perdido tanto tiempo desde que él presentó el 4 de febrero de 1971 su primera iniciativa de paz. Luego expresó su satisfacción de que, después de octubre del año pasado, la actitud oficial estadounidense hubiese cambiado en términos de máxima comprensión por obra de Kissinger y de la nueva posición de Nixon, expresando luego su mayor confianza ante ambos y definiendo a Kissinger como «hombre que respeta la palabra dada»... Sin embargo, Sadat hizo constar que en todo caso las negociaciones que se llevan a cabo en Ginebra sólo podrán versar sobre los territorios que formaron parte de la antigua Palestina geográfica, pero nunca sobre los territorios que siempre fueron parte de Egipto, sobre todo los del Sinaí.

Así, al tratar de la reapertura del canal de Suez, Sadat dijo con fuerza que se trata de un canal egipcio que corre sobre territorio egipcio, y que su reapertura sólo será por medio de una decisión egipcia. En cuanto a la sugestión israelí de que el Sinaí sea desmilitarizado, dijo que en tal caso, y por razones de extensión en contigüidad, había que desmilitarizar también todo el primitivo territorio israelí. Y que si provisionalmente se estableciesen unas zonas desmilitarizadas reducidas (en el extremo borde

septentrional del Sinaí, que es todo territorio nacional egipcio), dichas zonas deberían tener las mismas anchuras por ambos lados.

En cuanto a la londinense BBC, uno de los puntos principales que recogió de Sadat fue el de la solidaridad del arabismo. El jefe del Estado egipcio expresó su convicción de que el principal resultado de la guerra de octubre de 1973 fue la manifestación de unidad entre los Estados árabes. Añadió que las gestiones en pro de la paz deben tener en cuenta dicha afirmación de unidad. Sadat dijo que no iría a la conferencia de Ginebra ni a ninguna reunión análoga si no asistiesen Siria, Jordania y los resistentes palestinos.

Sobre el programa de toda deliberación a escala internacional para un arreglo definitivo de los problemas próximo-orientales derivados de los destinos de la antigua Palestina, Sadat dijo que si Egipto se sentaba, por ejemplo en Ginebra, no sería para discutir la total retirada de las tropas israelíes (lo cual no se puede discutir, pues ya fue decretado por el Consejo de Seguridad). Lo que ha de tratarse es la cuestión de la seguridad para acabar con una situación bélica que se viene prolongando desde hace veintiséis años. Y al tratar de fijar las fronteras habrá que tener en cuenta «que no se trata solamente de la seguridad de Israel, sino de la seguridad de todos nosotros».

Entre tanto, al mismo tiempo que quedaban expuestos y fijados los principios teóricos fundamentales de la actitud oficial de El Cairo respecto a Israel, el mundo árabe, las superpotencias y las Naciones Unidas, los mejores esfuerzos de los gobernantes se vienen concentrando sobre una doble empresa de recuperación urgente y de máxima promoción futura en el canal de Suez y las zonas contiguas.

Al principio del año comenzó a funcionar un Ministerio de la Reconstrucción, cuyo titular, el ingeniero Osman Ahmed Osmán, había destacado anteriormente por la parte que tomó en la construcción de la alta presa de Assuán y por haber actuado en los más importantes planes de urbanismo. En febrero, el presidente Sadat declaró solemnemente que la reparación y la reapertura del canal tenían que constituir legalmente «una empresa exclusivamente egipcia». Después se estableció un plan general de arreglo y mejora, repartido en dos fases: la primera, de seis meses, y la segunda, de seis años. La primera fase se encuentra ahora en plena actividad, estando dedicado a ir haciendo el desescombro y el dragado de la vía de agua. Al mismo tiempo se está poniendo en ejecución la reconstrucción de todos los sectores dañados en las ciudades del canal, así como la reconstrucción de

los edificios públicos y la elevación de nuevas barriadas para reinstalar a los antiguos habitantes, que habían sido evacuados a El Cairo y Alejandría.

En la segunda fase, la principal tarea consistirá en aumentar la capacidad del canal y ampliar todos sus puertos (Suez Port-Taufiq, Adabiya, Ismailía, Port-Said y Port'Fuad). La profundidad del canal hasta 1973 era de 16 metros, lo cual dejaba pasar buques de hasta 60.000 toneladas. El plan aprobado consiste en ahondar hasta 25 metros, con lo cual podrán pasar naves cargadas a tope de hasta 150.000 toneladas y petroleros vacíos de 250.000.

Respecto a las ciudades y a los puertos, lo primero que se está reconstruyendo es Ismailía, por los dos motivos de ser el principal punto de acceso hacia el Sinaí y Palestina y estar allí la capital de la provincia del canal. La nueva urbanización y ampliación de Ismailía se proyectan de tal modo que se convierta en una «ciudad modelo». Pero el mayor desarrollo previsto es el de Port-Said, donde se creará una zona franca internacional para la implantación de industrias, con lo cual se espera que Port-Said pueda convertirse en una especie de Hong-Kong del Mediterráneo oriental. En cuanto a Suez, se dice que llegará a ser diez veces más grande.

Para la financiación y la aportación de elementos técnicos en la reapertura y las mejoras del canal y su zona, el Estado egipcio cuenta hasta ahora con las ayudas de diversos países. Las que más se ponen de relieve son la estadounidense y la soviética. La de la URSS ha sido estudiada sobre el terreno por una delegación de expertos llegados desde Moscú en marzo. En cuanto a Norteamérica, desde El Cairo se comenzó por pedir a Washington que enviase material y equipo técnicos para limpiar de minas explosivas el canal y sus alrededores. En cuanto a las aportaciones de créditos para las obras de ensanche y profundización de la vía de agua, la principal ayuda ha sido hasta ahora la del Japón, que ha concedido a Egipto un primer préstamo de 140 millones de dólares. Hay también el concurso de empresas alemanas y yugoslavas para instalaciones de señalización.

Aparte del canal, Egipto está recibiendo créditos y apoyos diversos para muchos proyectos de mejoras económicas y económico-sociales en todo el territorio nacional. Por ejemplo, los Estados Unidos (o al menos, entidades y empresas estadounidenses) se encargarán de construir un gran oleoducto para llevar petróleo por vía de tierra entre el canal de Suez y Alejandría. La URSS ha impulsado la instalación del complejo siderúrgico de Heluán, al sur de El Cairo, el cual producirá anualmente millón y medio de toneladas de hierro y acero. Alemania Federal ha concedido créditos para los astilleros

navales de Alejandría y también podrá encargarse del proyecto de electrificación en la zona desértica de Qattara. Francia ayudará a mejoras técnicas en el transporte marítimo egipcio. Japón participará en la extensión de la red de telecomunicaciones. La India cooperará en algunos sectores referentes a obras de puertos, industrias textiles, etc. Gran Bretaña aportará créditos para ayudar a obras de ampliación en el aeropuerto internacional de El Cairo.

Entre el conjunto de la mayoría de la opinión pública egipcia han actuado poderosamente en los meses recientes las dos realidades de la retirada parcial de las tropas israelíes hasta una línea muy atrás dentro del Sinaí y el impulso oficial para elevar los niveles económicos de las masas (como objetivo primordial, sin descuidar por eso las planificaciones estatales ni los gastos militares). Todo ello son factores que han venido actuando sobre todo en sentido de robustecer el prestigio del presidente Anuar el Sadat tanto respecto a la política interna como a la externa. A la acción planificada de Sadat y sus altos mandos militares se atribuye también el que, después de los combates de octubre y algunos de sus factores positivos, se borrara cierto complejo de insuficiencia que aquejó a muchos egipcios a consecuencia del descalabro-sorpresa de junio de 1967.

La acción política interna que se está llevando oficialmente se apoya en un programa presentado hace pocos meses ante la Asamblea Nacional (que en Egipto se llama «Asamblea del Pueblo») por el viceprimer ministro y ministro de Cultura e Información, doctor Mohammed Abdelqader Hatem.

Dicho programa se basa en los siete principios siguientes: 1) la guerra no se ha terminado, a pesar del alto el fuego; 2) las victorias aéreas, militares, políticas y diplomáticas son el fruto de una acción perseverante que no debe cesar; 3) la victoria definitiva requiere la movilización total de los recursos del Estado; 4) para lanzarse a la reconstrucción hay que sacar provecho de todos los resultados obtenidos; 5) las masas del pueblo egipcio son requeridas para proseguir en el provecho material y en el esfuerzo desplegado para la defensa; 6) la reconstrucción que ha comenzado debe continuar; 7) el Estado tiene la responsabilidad de indemnizar a las víctimas de la agresión y de la guerra... En cuanto a los modos de realización de estos siete puntos, se insiste en que es un principio fundamental del Gobierno suprimir las restricciones administrativas y burocráticas. Al mismo tiempo que en la industria se concede prioridad a los productos destinados a satisfacer las necesidades de la mayoría del pueblo.

En general se tiende a una liberación de las medidas económico-sociales y las fiscales. En el mismo sentido han actuado otras medidas, como las órdenes de Sadat para que fuese abolida la censura y los otros controles semejantes (con la natural excepción respecto a las cuestiones militares). También se dan mayores facilidades a la iniciativa privada en algunos sectores de la industria y el comercio, donde antes casi sólo actuaba el sector público.

Al margen de todas estas expresiones de los planes gubernamentales han venido obrando, respecto a Egipto, ciertos rumores que desde comienzos de febrero hasta fines de marzo se reflejaron en algunos sectores de prensa de países de Europa occidental respecto a la posibilidad de que la política llevada por el presidente Sadat fuese—nada menos—que un cierre o «una liquidación» de la era y la acción del presidente Abdel Nasser.

Anuar el Sadat ha desmentido personalmente tales rumores. Así, por ejemplo, cuando habló para el público de los países anglosajones, explicó lo siguiente: «Siempre he dicho que yo compartí la responsabilidad de las decisiones tomadas durante el gobierno de Abdel Nasser. Yo tenía además la responsabilidad de vicepresidente de la República cuando él falleció. Yo afirmo que si Abdel Nasser hubiese vivido hasta este momento, no habría obrado de otro modo que lo que yo he hecho. Lo que ahora está pasando es la continuación y consecuencia de lo que pasó antes, y esta continuidad se funda sobre dos puntos esenciales: Primero es que lo que antes pasaba era una experiencia, y toda experiencia tiene sus lados positivos y sus lados negativos. Lo que yo estoy haciendo ahora es tratar de corregir los aspectos negativos.»

Sadat añadió también que es necesario no olvidar que todo cambia aceleradamente en el mundo actual y que es obligado irse adaptando a esa velocidad de los cambios. Dijo que los rumores sobre que él altere o suprima el nasserismo se deben a motivos personalistas de determinados sectores.

Volviendo a los principios oficiales seguidos ahora por Egipto en su política internacional, hay que referirse también a la citada exposición parlamentaria hecha por el viceprimer ministro, doctor Abdelqader Hatem, así como a una nota aclaratoria que presentó después ante el Consejo de Gobierno. En la exposición parlamentaria se comenzó por subrayar la solidaridad total entre Egipto y los demás países del conjunto del arabismo (conjunto que en la fraseología política próximo-oriental es designado como la «nación árabe»). Luego se hizo constar que el programa común de los Estados ará-

bigos no deja de tener como eje actual el empeño de no admitir la anexión de territorios por la fuerza. Además de pedir en toda ocasión la oportunidad para el pueblo palestino de ejercer todos sus derechos.

En la nota aclaratoria presentada ante el Consejo de Gobierno, el vice-primer ministro manifestó que se había hecho recordar a todos los países extranjeros respecto al acuerdo militar por el cual las tropas israelíes se retiraron a gran distancia del canal de Suez, que dicho acuerdo fue solamente de carácter militar provisional y no prejuzga nada respecto a un arreglo definitivo. En todo caso la retirada parcial efectuada por las fuerzas armadas de Israel sólo podría considerarse como una primera etapa hacia la aplicación de la famosa Resolución 242 del Consejo de Seguridad, por la cual se ordenaba que Israel comenzase por retirarse hasta los puntos extremos que ocupaba antes de junio de 1967.

Aquella orden de retirada fue suscrita y refrendada por las Naciones Unidas en conjunto. Ahora los gobernantes de El Cairo recuerdan que después de la guerra de octubre de 1973 ha habido repeticiones de la reclamación de retirada israelí por parte de los Estados africanos, los no alineados, los socialistas y varios de Europa occidental.

Sobre la política externa y los reajustes externos de la antiquísima y modernísima nación del Nilo pesan además imperiosamente varios graves motivos de carácter demográfico. Según los más recientes datos estadísticos (recogidos en diciembre de 1973), Egipto tiene 36.000.000 de habitantes, de los cuales 18.175.500 son la población masculina, y 17.824.500, la femenina. La capital, El Cairo, contiene 7.067.000 habitantes; pero si se une la otra orilla del río, que es Guiza, se alcanzan 9.180.000 habitantes. Los últimos aumentos registrados en todo el país han sido de 786.885 personas por año y 65.573 por mes.

En cuanto a la extensión del país, la cifra oficial y total, según los mapas, es de 1.001.449 kilómetros cuadrados. Pero la mayor parte se compone de desiertos, estepas y montes resecos. Las zonas efectivamente pobladas y densamente cultivadas no pasan de 36.000 kilómetros cuadrados. Algunas de esas zonas cultivadas de regadío tienen una población relativa media de 845 habitantes por kilómetro cuadrado...

Toda esa enorme concentración de la población y su densidad excesiva plantean enormes problemas, que la industrialización acelerada va equilibrando de momento, pero que en realidad exigen una máxima concentración sobre las posibilidades locales. Por lo pronto, Egipto ha entrado en la pro-

ducción de la industria pesada y en la transformación fabril de sus recursos agrícolas. La alta presa de Assuán proporciona toda la energía eléctrica necesaria. En los desiertos se crean pequeñas nuevas provincias con regadíos artificiales, y van aumentando los descubrimientos de petróleo, fosfatos, minas de hierro, manganeso y carbón. Respecto al Nilo, aún quedan grandes posibilidades de aprovechamientos, que Egipto habrá de emprender en colaboración con el Sudán, Etiopía y Uganda. Se dice y se escribe por corresponsales de prensa extranjera en El Cairo que Egipto tiene ahora un enorme «apetito de prosperidad». No es por ambición ni por lucro, sino para que el pueblo (numeroso y no muy rico) sea el principal beneficiario.

Algo de eso se refleja en las manifestaciones del jefe del Estado, que recoge y comenta la prensa oficial y oficiosa; sobre todo el famoso diario *Al-Ahram* (*Las Pirámides*). Refiriéndose a la llamada Unión Socialista Árabe (que no es un partido único, sino un verdadero movimiento nacional flexible, que admite en su seno opiniones diferentes), Sadat ha preconizado recientemente la necesidad de una descentralización que vaya reforzando las comisiones provinciales para descargar así la máquina gubernamental central de todo lo que sea simple trámite y concentrar principalmente sobre el Estado las cuestiones de alta política y política social.

Anuar el Sadat ha dicho también que cuando Egipto haya recuperado todo su territorio ocupado en el Sinaí y se haya establecido una paz en el Cercano Oriente, podrán concederse todos los poderes al pueblo en general por medio de un sistema democrático parlamentario regular. No se trata de suprimir las «conquistas sociales» implantadas por el nasserismo, sino de recoger también todo lo aprovechable de las anteriores corrientes nacionalistas que impulsaron a Egipto antes y después de la II Guerra Mundial. Por ejemplo, las que engendró el wafdismo de Saad Zaghlul.

Volviendo a lo personal de Sadat, ha de hacerse notar que recientemente ha especificado a la prensa de El Cairo lo siguiente: «Yo quiero realizar todo esto antes del fin de mi período de magistratura a la cabeza de la República. Después no cuento con permanecer en mi cargo ni un día de más.» También había explicado en otras manifestaciones anteriores: «Como hombre de provincias, yo tengo la fe. No pensé jamás en que yo sería el primer responsable de la nación; pero una vez que estoy aquí pongo al servicio de mi país toda la fuerza que el Todopoderoso me haya podido dar.»

Así, pues, resulta que sobre las orientaciones y la obra del actual presidente de la República Árabe de Egipto pueden tenerse opiniones muy diver-

sas, tanto favorables como desfavorables; pero en todo caso parece totalmente evidente su empeño de buena fe y sinceridad no sólo en lo interno egipcio, sino en lo próximo-oriental general.

Sobre el Cercano Oriente, Sadat ha manifestado en sus entrevistas con interlocutores anglosajones que él desea una paz equitativa e igual para todos, siempre basada en los principios de las Naciones Unidas. Y ha añadido que si tanto Israel como sus vecinos consagrasen a planificaciones económicas las enormes sumas que hoy absorben los armamentos, la paz podría llegar a ser efectiva. Lo sincero de tales propósitos ha sido después confirmado por el llamado «Documento de Octubre», que el 19 de abril hizo publicar Sadat, con un programa de diez puntos, para planificar reformas en el sentido de un desarrollo integral de Egipto en los veinte años venideros. La aceleración de buenas relaciones entre El Cairo y Washington después de que (también en abril) presentó sus credenciales a Sadat el embajador estadounidense parece un factor favorable para que Egipto pueda desarrollar tranquilamente sus reformas. Aunque, por otra parte, Egipto no puede admitir que las tropas israelíes que evacuaron el canal se ocupen en intensificar sus agresiones contra Siria, el Líbano y eventualmente Jordania. En tal caso, la advertencia de que el ejército egipcio no tendrá más remedio que volver a actuar si Kissinger no logra presionar eficazmente sobre los belicistas gubernamentales de Tel-Aviv no ha contrastado con los deseos pacifistas de Anuar el Sadat, sino que es una confirmación más de los inconvenientes que sigue presentando el predominio de los «halcones» en la política oficial sionista de Israel.

RODOLFO GIL BENUMEYA